El mes de enero de 1925 llegó, y con él la inauguración de nuevo Gobierno. El Ministerio de Estado del nuevo Gobierno, considerando que los términos del plan bosquejado más de un año antes, habían sido realizados, avisó por fin para que los marinos fueran retirados en el acto. Americanos residentes en el país durante largo tiempo indicaron el peligro concomitante de tal paso en ese tiempo a causa de la embrollada situación política y el hecho de que la nueva administración no había tenido tiempo para establecerse firmemente, causó consternación en el Gobierno de Nicaragua la inminencia de la remoción de la guardia de la Legación y el Presidente Solórzano hizo una urgente súplica para que fuera demorado el retiro. Por deferencia a los deseos del Presidente Solórzano y por la influencia de ciertos senadores de los EE. UU. el Departamento del Estado consintió en que la fecha del retiro fuera pospuesta ocho meses; pero manifestó que el Gobierno de Nicaragua debía proceder de una vez a la organización de una Guardia Nacional para conservar el orden (33).

Hubo considerable demora al hacer los arreglos para los instructores. Finalmente, sobre la recomendación de oficiales de Washington, los servicios del Mayor Calvin Carter, oficial retirado de la Guardia Civil filipina, fueron asegurados por contrato para la organización. El Mayor Carter y dos asistentes llegaron a Managua en junio de 1925, y procedieron en medio de muchos obstáculos a poner manos a la obra.

El 3 de agosto de 1925 el destacamento de marinos que estaba en Managua puesto en el tren para Corinto embarcó para EE. UU. la misma tarde. Había permanecido en Nicaragua trece años y casi un día.

Hubo algún regocijo a la partida y ciertos periódicos hicieron muchísimo ruido con el acontecimiento. El día fué declarado de fiesta. Pero en realidad los sentimientos del pueblo eran ciertamente mezclados y muchos miraban lo futuro con presagios de algo funesto. Contestaciones a una serie de preguntas propuestas por *La Noticia* respecto del retiro y del programa para lo futuro trajeron variadas contestaciones. Muchas revelaban pesadumbre de que los marinos se hubieran ido.

Desviaciones del espiritualismo

Por Horacio Terra Arocena

Hace crisis un siglo de naturalismo intenso.

Las mismas pretendidas reacciones antinaturalistas, tales como las de los nuevos idealismos o como los intuicionismos filosóficos basados en el desprestigio de lo intelectual, han venido al fin, por su alejamiento de la verdad reli-

---

(33) State Departmente Release. January 17. 1925 de las notas cambiadas.

giosa, a sumar sus energías al esfuerzo final del naturalismo por conquistar el mundo. Es éste quien, materialista y utilitario, ensangrienta la tierra, poniendo a su servicio hasta una mística del renunciamiento y del sacrificio,—prestigiosa siempre—digna de mejores y más altos destinos—.

Muchas veces los católicos—y más aún los hombres bien intencionados que no han alcanzado a vivir la Fe—apoyamos las reacciones que se levantan contra un error filosófico cualquiera en los mismos campos del pensamiento arreligioso; y sin querer, nos identificamos en nuestros entusiasmos con la reacción que surge; no nos percatamos de que no puede al fin recoger frutos buenos, quien va a buscarlos en el árbol malo.

Cierto es que en la economía providencial, unos errores destruyen a los otros, mientras sólo la verdad permanece y se acrecienta. Pero también lo es que un error que hoy se levanta contra otro por la evidencia en que funda sus ataques, será mañana el error victorioso en la misma aberración que trae consigo. Así ha sucedido con algunos movimientos de apariencia espiritualista, levantados durante este siglo último contra el naturalismo. El monstruo del naturalismo materialista tuvo que despertar las resistencias lógicas: cada una con su sello propio de pensamiento, de sentimiento o de acción. Necesarias reacciones, que no trajeron sin embargo con ellas el equilibrio de la verdad, capaz de estabilizarlas. Muchas fortalecieron al enemigo al caer vencidas por él en virtud de su propia debilidad; otras se le incorporaron por fin, en una síntesis posterior que sólo puso de relieve su afinidad profunda. Otras, por último, gastan en sueños vanos las energías espiritualistas de hombres que ansían la verdad, pero que han tomado en ellas un camino que conduce al enervamiento de la esterilidad y del desierto.

Hoy que la crisis del naturalismo materialista cobra el relieve sangriento, y se viste de la abyección de esta guerra salvaje, conviene estar prevenidos para evitar las desviaciones retrógadas y estériles de la reacción espiritualista.

El hombre que quiere la verdad, la justicia, la benevolencia para el prójimo, y el propio desprendimiento de los goces materiales, está buscando sin saberlo, a Dios. Y es necesario que este hombre que busca a Dios, no encuentre, por nuestra negligencia, por nuestro mutismo egoísta, o por nuestra ingenua adhesión a los errores bien intencionados, en lugar del camino de la Fe, los caminos de las doctrinas espiritualoides, de las místicas vacías, y de las viejas supersticiones.

Todos estos caminos erróneos, tienen en su propia vaciedad y en su ineludible fracaso, el germen de una nueva y más terrible victoria del materialismo. Al mal que causan hoy, suman el mal incalculable que incuban para mañana. Y éste es un peligro real en la hora presente.

Frente a todos ellos, la franqueza, la imponente sinceridad de la Iglesia, define siempre oportuna, y también al parecer inoportunamente la verdad. No hay que tener el temor de parecer impolítico o inhábil por no aceptar las solidaridades ideológicas que la Iglesia no acepta. No hay que tener la impaciencia de los éxitos oportunistas y fáciles, que sean al fin complicidad culpable con

los errores funestos del porvenir. Política eterna, política paciente, política de efectos grandiosos en un futuro insospechado, es la política de la verdad. Nada importa que esta política jamás esté a la moda.

Muchas formas—algunas entre sí contradictorias—puede adoptar el naturalismo. Acepte o no la posición metafísica en el problema, siempre traerá desembozada o implícita la concepción materialista de la vida, y también el sensualismo práctico de la conducta. Son éstos, vicios demasiado arraigados en la naturaleza caída del hombre para que puedan ahuyentarse con puros andamiajes culturales y con fantasmas de ética antropocéntrica. Nada es posible si una vida espiritual profunda, basada en el reconocimiento del alma humana y de su destino eterno, no se opone a la vida espontánea de los instintos y de los sentidos.

El naturalismo o afirma o acepta implícitamente el determinismo psíquico que aniquila toda conciencia de responsabilidad y de vida moral. Producto el hombre de la herencia, del medio ambiente o de la voluntad social o de las formas de la producción económica, la libertad y la responsabilidad esenciales a su vida espiritual, serán sólo ilusiones y quimeras. Con las izquierdas sociales y políticas, el naturalismo sostendrá abiertamente el "materialismo histórico"; con las derechas, tal vez la "teoría de las razas" que se le opone, o el grosero misticismo del Estado. En ciertos círculos culturales se hablará de un naturalismo vitalista a lo Spengler, como interpretación de la historia, mientras en otros se seguirá viviendo este naturalismo en un sentido individualista, en el culto exclusivo de la ciencia del hecho, en el entregamiento práctico al dominio del dato experimental, donde toda función y toda concepción intelectual se interpretará como una simple acumulación económica de experiencias sensibles.

De este último positivismo cerrado, seguirá surgiendo en otros campos próximos, el escéptico desconocimiento del valor de la verdad, la sustitución de la verdad por la utilidad, y la interpretación sensualista de esta utilidad en el sentido biológico, del éxito o de la ventaja para la especie humana; o quizá para la raza, o para la nación o para la clase social, o para el Estado político.

Materialismo, positivismo, pragmatismo, son solamente aspectos de un mismo concepto naturalista de la vida. Total o parcialmente recogen en su seno, aún en medio de las mayores contradicciones prácticas, a los espíritus escépticos que buscan el vivir cómodo sin intranquilidades de orden espiritual. Este concepto de la vida y de las cosas, es el que ha desarrollado unilateralmente la ciencia experimental, la industria mecánica, la organización utilitaria de la sociedad, en lo económico, en lo político, en lo familiar mismo. Ha representado y realizado el mundo y la vida en mecanicismo. Ha educado para este mundo y para esta vida dentro de la despreocupación sobrenatural y del laicismo intransigente. Ha apartado al pueblo y a la juventud de la Iglesia que habla y vive en sobrenatural presentándola a ésta como un rodaje inútil a la vida, e interpretándola falsamente como una organización también utilitaria y materialista. Después de exaltar al individuo en el liberalismo, lo ha esclavizado a la máquina

del Estado en el estatismo o en el socialismo modernos. Ha hecho insolubles todos los conflictos por la prescindencia sistemática de la norma moral y del destino sobrenatural humano. Y por último, reforzado con el aporte de sus mismos opositores, vestido de entusiasmos fanáticos, ha desembocado en el caos de la guerra actual. En el cual se hace un ensayo gigantesco de la lucha naturalista por el predominio del más fuerte; y todo se subordina al éxito material, como norma suprema.

Ante el panorama precursor de este desenlace, los derechos del espíritu desconocidos se habían acogido ya en gran parte a la protección de dos grandes corrientes ideológicas dentro de la filosofía no religiosa. La primera corriente, huyendo del sensualismo y de la materia, convierte todas las cosas en pensamiento. Dirige su atención a los conceptos y a los juicios como a la única realidad, y hace de todo conocimiento una creación humana. Pone sobre sus ojos una venda para no ver la realidad de lo sensible, e imagina quizá que evita así sus riesgos y sus prepotencias. La exaltación del espíritu y de un concepto vacío del deber termina prácticamente por absorber bajo la forma de un orgullo dominador todo el plano sensible; y toda la realidad material viene a cobrar en este orgullo su autonomía bajo una forma disimulada y respetable.

No se vence esta realidad ciertamente ignorando por sistema su importancia y su poder. A lo más se la disfraza de espiritualidad, o despreciándola se la deja conquistar el campo de la vida práctica, sin reparar que ocupa en él la mayor parte.

Bajo otro aspecto, este desprecio de la intuición sensible, y de la realidad material no convence sino a un corto número de hombres dados a la abstracción filosófica y más o menos alejados de la vida. Los demás dan vuelta la cabeza desengañados buscando una interpretación mejor, y ven crecer en prestigios las interpretaciones del naturalismo, que tiene su apoyo, al menos en el sentido común de la experiencia.

Algo de semejante pasa con la metafísica del intuicionismo. Un real desdén lo psíquico hecho a costa del valor de la inteligencia humana y de la ciencia, deja en el aire todos los conceptos sobre la libertad y la espiritualidad mismas. Tanto niega por otra parte a los conceptos científicos, tanto a lo que corresponde por derecho al mundo material, que la reacción se levanta más pujante de los sistemas mecanicistas de las ciencias físicas y naturales. El mismo espíritu parece prestarse en las concepciones intuicionistas a cobijar a la materia y a su determinismo englobándolo todo en las etapas de una sola evolución, y aunque es concebido como una actividad libre contraria al determinismo de la materia y en lucha contra él, su acción no está orientada sino por este carácter negativo; y no caben para esta acción superior ni representaciones positivas de fines, ni un sentido preciso sobre el valor de la vida.

Englobadas con esta corriente quedan las filosofías ciegas de la acción, de similares resultados.

De estas ansias románticas de intuición antinaturalista y de acción espiritual y elevada que pasan por encima del sentido común en los problemas del conocimiento, ha surgido una fuente de chispas místicas que parecen los balbuceos del hombre salvaje en los caminos de la vida espiritual. Concepciones fantásticas e ingenuas del espíritu y de lo sobrenatural, retrocesos a las imaginaciones rudimentarias de las religiones falsas, impulsos de acción fanática, individual o colectiva, en el plano de las místicas vacías y aún deliberadamente convencional: tal es el resultado.

No en balde para liberarse del mecanicismo estas ansias no se tomaron el trabajo de vencerlo en el terreno de la realidad y apoyándose en la razón: lo antiintelectual degenera pronto en antigriego, y en la esfera religiosa en anticatólico y en antijudío, para caer en un pragmatismo modernista que lleva insensiblemente al materialismo práctico bajo la capa religiosa y mística: o directamente en un iluminismo ridículo que fortalece al materialismo por contraste. Algunos hombres bajo el efecto de estas desviaciones, tratan de conformar sus ansias de libertad espiritual en el refugio de una sinceridad tan profunda como deliberadamente ignorante, personal y misteriosa, de la que surgen a menudo todos los instintos viejos vestidos de personajes respetables, para sentarse en sus tronos delante del público a imponer silencio.

De la filosofía del sentimiento y de la intuición antiintelectualista mezcladas con fantasías budistas, surge en Occidente el teosofismo y mil otras sectas afines, de las cuales tenemos por aquí algunas que han hecho prosélitos en los ambientes de ignorancia religiosa, y que para mejor prestigiarse mezclan sus doctrinas con las últimas teorías de las ciencias físicas, dándose así un tinte científico. Conocimos también en este orden de desviaciones a Khrisnamurti, aquel hombre contradictorio en sus palabras y en sus actitudes, cuyo estribillo era el insulto al clero, y que a pesar de sus incongruencias tuvo aquí admiradores y discípulos.

Igualmente entre nosotros hace prosélitos la "Christian Science", para cuyos maestros sólo existe el espíritu, siendo el cuerpo una ilusión, y las enfermedades asunto de esta ilusión misma. Los enfermos acuden a los centros de esta secta para ensayar la convicción de que el cuerpo no existe, y curarse por este medio de sus enfermedades. Pero antes tienen que perder la fe en los médicos y en la medicina científica y abandonar los tratamientos terapéuticos o quirúrgicos.

Todo esto no abre el camino ciertamente a una sana reacción espiritualista, sino que la presenta sistemáticamente en contradicción con la razón, con el sentido común y con la ciencia experimental.

Si a esto se agrega que ante los males y los dolores que el mundo sufre en este último medio siglo, el orgullo de muchos hombres les impide ver la bondad de Dios y se rebelan contra el Dios de la religión verdadera, es comprensible la ceguera con que van a buscar inútilmente un remedio espiritual por los caminos torcidos de una mística ciega. De estos son los que llegan a considerarse colaboradores de una suerte de redención divina para la humanidad, entregándose a las guerras de clase o de raza, como poseídos de una misión grandiosa contra las

fuerzas del mal, y que a la sombra de esta misión redentora desatan las venganzas y los odios contribuyendo a la destrucción de todas las cosas. Fanáticos del Estado, de la raza, o de la clase social, van a buscar la felicidad humana en el culto de la fuerza colectiva: repudian indignados los ideales cristianos del entendimiento internacional y de la paz; exaltan la guerra como un medio de elevación espiritual contra el materialismo, y nos prometen un siglo férreo de luchas y de sangre como medio de salvar la cultura y de poner en primer plano las excelencias de la acción. Frente a esta mentalidad antiintelectual, que ofrece la elevación moral del mundo, en el ejemplo de sus prepotencias y de sus viles pasiones desatadas, son muchos por cierto, los que añoran el materialismo franco de la buena vista experimental, y repudian así los reclamos del espíritu.

Sobre una filosofía realista que valore el conocimiento humano y dé su lugar a la materia, es que hemos de construir la reacción espiritualista. El cuerpo humano, que las ciencias experimentales estudian en su anatomía y en su fisiología es una realidad armónica con el espíritu. Tiene ante el mismo espíritu su lugar y, por decirlo así, sus derechos. A la vez tiene también sus obligaciones. Toda ruptura entre estas dos realidades trae la catástrofe moral y religiosa. Sobre la mentira y la ilusión, el espíritu no triunfa jamás. El espiritualismo no contradice a los sentidos ni niega la ciencia, ni desconoce la realidad material ni mucho menos puede pretender que sea empañado el brillo de la inteligencia.

Quienes lo quieran así, lo quieren mal: le abren el paso al sustituto efímero que lo traiciona y que bajo el rótulo espiritual, aumenta la sed de las almas sin calmarla, o arroja a éstas definitivamente a la desesperanza.

Los Pontífices, particularmente desde León XIII, han visto la necesidad de encauzar el pensamiento espiritualista y religioso dentro de la filosofía sanamente realista, y de apartar aquellas ficciones que, atrayentes en la esfera del pensamiento, hacen las veces del charlatán en medicina, e impiden con su intervención estéril, la asistencia adecuada del enfermo.

Enfermo está el mundo y en una grave crisis de un materialismo que le roe como un cáncer. Nada pueden para su salud los espiritualismos vacíos antirracionales o negadores de la realidad, nada los fanatismos guerreros: ni tampoco esas confianzas ciegas en la bondad natural del ser humano en que el mismo naturalismo hacen su mística adormecedora. El mundo necesita el espiritualismo de la religión verdadera que le ponga de nuevo frente a Dios y a sus deberes, después de muchos años de autonomía suicida.

En guardia, pues, a la cabecera de este enfermo, los que conocen el mal y el remedio.

Tribuna Católica. Año VIII. Nº 90. Pág. 273.